



# DON PEDRO Y DON JUAN

Mira por dónde me encuentro hablando de don Pedro y de don Juan. Don Pedro es don Pedro, claro. Pero, ¿quién es don Juan? A don Pedro le llamaban «don Pedro El Joven»; tenía 60 años.

¿Y don Juan? Don Juan era don Juan Barbas, ya se sabía.

Cuando entraba un alumno nuevo, D. Pedro le preguntaba invariablemente:

– ¿Qué has oído tú de D. Pedro?

– Que enseña mucho.

– Pues, no, señor, Don Pedro no enseña nada. El que enseña es don Juan. ¿No sabes quién es don Juan? ¿Don Juan Barbas?

Y sacaba de un cajón una hermosa vara (tenía muchas) y la mostraba orgulloso al nuevo alumno:

— Este es don Juan. Y se apellida Barbas, porque enseguida le salen barbillas con el uso.

(Eran otros tiempos. Todavía se daba como buena la máxima de «La letra con sangre entra». Ahora no ocurre aquello, son los alumnos los que se ensañan con el profesor).

¿Quién recuerda de qué eran aquellas varas? ¿De fresno? ¿De avellano? ¿De dónde las conseguía?

Don Pedro había estado de maestro en las escuelas rurales de Zamalvide. Tal era su fama de «buen enseñante» y sus —avanzados para aquel tiempo— métodos pedagógicos que iba mucha gente de la calle hasta las escuelas de Zamalvide.

Pues bien, en nuestro tiempo daba clase en las Viteri, y había alumnos que venían de los caseríos. Y éstos eran los proveedores de las varas. Don Pedro las encargaba de determinada largura. El «cashero» las traía bien recortadas, con el corte redondeado, de varios grosos. Don Pedro les daba el visto bueno probándolas en la cabeza del propio «cashero». Aquellas varas se rompían pronto en nuestras costillas. Puedo decir por experiencia, que cuando se rajaban hacía mucho ruido, —¡chas! ¡chas!— pero mucho menos daño.

Don Pedro y don Juan. ¡Qué tiempos aquéllos!

En sus buenos tiempos, en las escuelas «del caserío», enseñaba don Pedro a hacer alfombras y lámparas de chapa recortada. También enseñaba los dientes, claro, sobre todo cuando le dolía el estómago. En nuestro tiempo, cuando le veíamos apretar los dientes por el dolor, nos pasábamos la consigna: —«Ojo al Cristo, que es de plata» (¿Cuántas frases hechas, como ésta, refranes, chascarrillos y anécdotas no nos enseñó?).

Después de que le operaran de perforación de estómago, se fue dulcificando mucho su carácter.

Cuando yo dejé la escuela con 12 años en 1943 (¡uf, uf, uf!) su carácter se había suavizado mucho, y aunque todavía tenía fama de «duro» era en realidad una malva. ¡Sic transit gloria mundi!

¿Y qué me decís de la rondalla?

Cuando nosotros estábamos todavía con la señorita Gloria (aún no habíamos ascendido) tenía formada una hermosa rondalla. En nuestro tiempo todavía estaban los instrumentos en un armario, pero acababa de terminar la guerra (¿cuándo fue eso?) y los tiempos no estaban para músicas (¡joé, que hambre pasamos! ¿Os acordáis de cómo asábamos garbanzos en la estufa?).

Pero de aquella rondalla salieron músicos eminentes. Ignacio Ubiría, Juanito Echeveste, que van delante por la vida con el instrumento auestas. Martín Rodríguez, txistulari y maestro de txistularis, chavales entonces de 12 ó 13 años. Y otros como José García, los Zulet, Aspiazu, Calafell. Pero estábamos hablando de don Pedro, ¿no? Y de don Juan, pero de don Juan ya hemos hablado bastante.

A don Pedro le gustaba coger un alumno desde pequeño y hacerlo hombre, nada de estar cambiando de alumnos cada año. Así había varias «escalas» dentro de la misma clase, varios niveles.

Y además nos enseñaba a discurrir, e insistía mucho en ello. No enseñaba a hacer problemas, sino a discurrir sobre los problemas.

Me acuerdo de aquel alumno de «los frailes» que vino a nuestra clase atraído por la fama de don Pedro. Don Pedro para ver en qué nivel situarlo lo sacó al tablero y le dictó un problema. Cuando el nuevo alumno terminó de escribirlo, se volvió diciéndo:

— No. Este problema no lo hemos hecho nunca en mi clase. El enfado de don Pedro fue mayúsculo.

Con las historias de don Pedro se podría escribir un libro. ¡Con la de generaciones de alumnos que hemos pasado por sus aulas! (muchos abuelos ya) ¡Si nos reuniésemos un día los alumnos a recordar anécdotas, y fuésemos capaces de escribirlas, tendrían que retirar el Quijote a los archivos!

Hemos citado antes la estufa. ¿Por qué no funcionaba el tiro de antes? Cuando se encendía la estufa se llenaba la clase de humo y, claro, había que abrir la ventana para ventilar la clase. Y a lo mejor había 6 grados bajo cero en la calle. Porque entonces hacía 6 grados bajo cero en la calle y nevaba, y hacíamos muñecos de nieve, y bolas, y en marzo hacía ventoso, y en abril lluvioso, y en mayo florido y hermoso, como mandaba la ley de Dios, y todos los años igual; no como ahora, que nunca se sabe qué tiempo va a hacer.

Y hemos hablado de don Juan, pero también castigaba sin don Juan. A veces nos dejaba sin comer; encerrados en clase.

— ¿Quién fue el culpable de aquello de los tinteros? El que lo sepa, que me lo diga. Una tarde volvimos a clase y no funcionaba ningún tintero (aquellos inefables tinteros colocados en un agujero de la mesa). La verdad es que estaban llenos, pero untabas la pluma y no escribía maldita sea la cosa. Parecía agua de mar. Y a todos nos pasaba lo mismo. ¿Qué misterio tenía aquello?

Hay que recordar que al cerrarnos la puerta cuando nos castigaba sin comer, nos impedía el acceso a los lavabos. (Léase pishatokis). El alumno castigado no pudo aguantarse las ganas y fue llenando todos los tinteros a la vez que vaciaba la vejiga.

Y también nos premiaba, ¡mira ese! A veces nos pasábamos la clase entera intentando encontrar la solución a un problema, en vano. No le importaba. Antes de explicárnoslo él, prefería que lo llevásemos a casa y siguiésemos discurrendo allí, hasta que alguno lo conseguía.

Se llevaba una gran alegría. El alumno en cuestión (¿te acuerdas, Luis Jusué?) explicaba en el tablero el problema a los demás alumnos, y don Pedro a lo mejor le daba 30 céntimos (tres monedas de aquéllas negras, de bronce, con un rey de barbas por un lado y un león sosteniendo un escudo por el otro).

Cuando dejé yo la escuela con 12 años por razones que no hacen al caso, recuerdo que nos había enseñado: Regla de tres simple y compuesta, regla de interés, regla de aligación o de mezclas, raíz cuadrada, no recuerdo bien si cúbica, y ecuaciones de primer grado (álgebra). Y era prácticamente imposible que cometiésemos una falta de ortografía (no como ahora, que cualquier titulado escribe burro con hache).

Ni qué decir tiene que no recuerdo que me diese a mí nunca ningún premio. En cambio recuerdo perfectamente las veces que iba a casa y no podía sentarme por las caricias de don Juan en «salva sea la parte».

¿Rencor por ello?

¡No, por Dios! Otra de sus frases favoritas era —«Quien bien te quiere te hará llorar». ¡Y que bien me quería!!!

Y ahora, un reto desde aquí:

¿Quién es el guapo que organiza una reunión de alumnos de todos los tiempos, un merecido homenaje póstumo a D. Pedro, donde nos reunamos a comer (¡faltaría más!) y a contarnos nuestras batallitas?

¿Una misa? ¿Algún acto cultural por los alumnos?

¿Quién se anima?

Lo primero que habría que hacer, empezar a recoger nombres.

Anda, majo, ánimo, puedes empezar por el mío, que es

JESUS GUTIERREZ